

La muerte del Ruiseñor, de Carlos Martín Briceño*

Kenia Aubry

EN ESTE PRESENTE DONDE TODOS QUIEREN EXISTIR a costa de lo que sea, aunque lo efímero, lo *líquido* sea su “esencia”, ha sido grato leer la primera novela de Carlos Martín Briceño, *La muerte del Ruiseñor*; una obra con verdadero sentido estético que tiene penalidades, que tiene auto/biografía, pero trasciende la anécdota mediante la arquitectura narrativa; la envoltura del relato recubre el contenido y, lejos de quedarse en la superficialidad, se alza con la riqueza de la espesura de quien tiene la maestría del lenguaje. Carlos Martín Briceño es un autor ambicioso, experimentado y apasionado; un creador que no deja de ser un gran lector que nos inventa historias seductoras, como lo ha mostrado en sus libros de cuentos.

La muerte del Ruiseñor transcurre entre dos historias paralelas que rompen con las leyes de la geometría: son historias que se encuentran y se complementan: la vida del gran cantautor Guty Cárdenas y la del escritor de ficción. En la solapa del libro se comenta, con acierto, que la vida del músico y cantante sirve al narrador-escritor para entenderse a sí mismo. Pero la parcial historia de Guty —porque esta biografía o parcial biografía avanza mordiendo el tiempo para referir los sucesos que interesan a la intencionalidad de la obra: los últimos años de vida del artista—, muestra el profundo apasionamiento que dota al mundo de grandes obras, como lo hizo el Ruiseñor Yucateco y como lo intenta cada día Carlos Martín Briceño.

De más está decir que hoy Guty Cárdenas no está en boca de todos, que la rapidez con la que avanza el mundo lo ha relegado, más no superado. *La muerte del Ruiseñor* se rebela contra el tiempo y nos devuelve a Guty en unos pasajes conmovedores; por ejemplo, en la eterna lucha sobre

la incompreensión de los artistas: el padre del Ruiseñor menospreciaba los intereses musicales de su hijo, los trovadores para don Augusto Cárdenas eran todos unos fracasados. Por otro lado, la perseverancia del músico que, por encima de las decisiones familiares, defiende su pasión musical; las cartas a su madre, la que siempre creyó en su talento, en las que el trovador yucateco le narra sus éxitos en los Estados Unidos. Mi memoria colectiva se ha ensanchado con las escenas del Guty humanizado, aquel que en la ínsula de Ciudad del Carmen accede a la petición de un pescador para llevarle serenata a su amada por el barrio del Guanaj; me conmueve también el personaje que, a pesar de sus triunfos en el vecino país del norte, siempre agradecido y generoso nunca olvidó a su amada Península.

Enamorada de la Historia —aunque a veces sea una mala maestra, como lo dijo Eduardo Galeano—, creo que siempre hay cosas nuevas bajo el sol, siempre hay algo que decir y la historia de la novela lo demuestra. La obra literaria exige “rasgar el telón” de lo que ha sido dicho, porque esa es “la seña de identidad del arte de la novela”. *La muerte del Ruiseñor* cumple con este mandato literario y a medida que se acerca a los últimos años de vida del cantautor, nos descubre a nosotros los lectores algunas lagunas históricas sobre ciertos hechos previos a la muerte del cantante aquella noche del 5 de abril de 1932, en “el Salón Bach, un bar de postín ubicado en el número 32 de la calle Madero en la capital mexicana”.

Las historias al alimón de la vida de Guty Cárdenas y la del narrador son las que introducen la metaficción. Término con matices varios que, en el caso de *La muerte del Ruiseñor*, nos dejan ver, desde el inicio del relato, los bastidores de

*Una versión extensa de este texto fue leída en la presentación del libro durante el Festival Internacional de Campeche en diciembre de 2018.

La muerte del Ruseñor
Carlos Martín Briceño
México, Ediciones B, 2017, 200 pp



la obra que se construye: “Y yo levanto la mirada, sonrío y miento. Le digo que por fin he comenzado con la biografía novelada de Guty, Augusto Cárdenas Pinelo, ‘el Ruseñor Yucateco’, músico legendario, autor de más de una cincuentena de canciones que, de no haber fallecido a los veintiséis años, hubiera llegado a ser más famoso que Agustín Lara”. Mediante el recurso de la metaficción, el narrador nos enteramos a detalle de las reflexiones que hace entorno de la escritura del libro: revela sus temores, sus fuentes y la necesidad de entremezclar la ficción y la realidad.

Las disquisiciones escriturales que Carlos Martín Briceño hace sobre su obra se unen a sus confesiones literarias, por ejemplo, en las que reflexiona sobre el cuento y la novela, o aquella que me parece verdaderamente conmovedora en la que Briceño se interroga a sí mismo su necesidad por la escritura: “¿Por qué escribo? Escribo para reafirmar mi pertenencia a este mundo, para sentir que mi vida tiene sentido. Mientras estoy escribiendo alguna historia me siento satisfecho. El proceso puede durar varios días, incluso semanas, pero al terminar, vuelvo a sentirme vulnerable y regreso a la urgencia del principio”.

La muerte del Ruseñor es, por las confesiones literarias y por las personales, una novela autofictiva. No es gratuito que coincida el nombre del autor con el del autor real o que encontremos los nombres de personas reales a las que, incluso, conocemos. Mas las confesiones de Carlos Martín Briceño fueron escritas no para exhibir su vida o para

el morbo del lector, “sino para iluminar en los lectores la vida de ellos: ‘Todo lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra del escritor no es más que una especie de instrumento óptico que ofrece al lector para permitirle discernir aquello que, sin ese libro, él no podría ver de sí mismo. El hecho de que el lector reconozca en sí mismo lo que dice el libro es la prueba de la verdad de éste’”, escribió Milan Kundera.

Yo confieso que me reconozco en muchas de las confesiones de Carlos Martín Briceño, logra ponerme “como él a la luz”, esto es, en la verdad; me identifico en los viajes en coche a la capital o en el pasaje en el que narra el pavor de su padre de “no llegar a ser alguien”. Esta sensación se debe a que “la confesión, al ser leída, obliga al lector a verificarla, le obliga a leer dentro de sí mismo, [...] y se encuentra con algo que le lleva a mirar su propia conciencia”, como escribiera María Zambrano. Cuando respira en el tiempo y los olores, los sabores, la mirada y el sonido “quedan en palabras”, me enternece porque remueve mi infancia. Agradezco, desde mi posición lectora, la hermosa sencillez de un libro de final contundente que reitera la grandeza de Guty mediante Aki Kaurismaki. Y con mi pasión por la literatura espero que *La muerte del Ruseñor* se convierta pronto en un clásico al modo que lo escribiera Jorge Luis Borges: “Clásico no es un libro [...] que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidos por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad”.